Los susurros de la noche

by RelatosdeunaOtaku

Category: Les Miserables
Genre: Drama, Romance
Language: Spanish
Characters: Combeferre, Courfeyrac
Status: Completed
Published: 2016-04-15 23:23:44
Updated: 2016-04-15 23:23:44
Packaged: 2016-04-27 16:21:29
Rating: T
Chapters: 1
Words: 1,866
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: "Su belleza seguÃ-a quemÃ¡ndole las entraÃ±as y la conciencia, sobre todo la conciencia. HacÃ-a tiempo que no podÃ-a evitar mirar a su amigo con los ojos de la lujuria. QuerÃ-a volver atrÃ¡s, a esos tiempos en los que una sonrisa suya era una simple muestra de afecto y no una invitaciÃ³n a devorarle hasta el alma."

Los susurros de la noche

Â¡Holaaaaaa! Pues aquÃ- estoy de nuevo con otro relato de Los miserables, esta vez es una dedicatoria para** lgandara93, **no se me dan bien las dedicatorias y creo que ya todo estÃ¡ dicho, creo que eres una persona maravillosa y espero que te guste pese a que no he tenido demasiado tiempo para prepararlo. Feliz cumpleaÃ±os, ojalÃ¡ sea feliz.

* * *

><p>Era una noche sin estrellas, ni luna; la tupida manta de nubes lo habÃ-a sumido todo en la oscuridad. LlovÃ-a a cÃ¡ntaros y esa lluvia golpeaba con furia las ventanas. No habÃ-a mÃ¡s luz en el cuarto que la que les proporcionaba la vela que Combeferre habÃ-a acomodado en la mesita de noche, no alumbraba demasiado pero sÃ- lo suficiente para permitirle continuar con su tarea. Con un algodÃ³n le desinfectaba un corte en la ceja a su amigo Courfeyrac que a saber cÃ³mo se habrÃ-a hecho, no querÃ-a ni pensarlo. SÃ³lo sabÃ-a que habÃ-a llegado en mitad de la noche empapado y magullado. No necesitaba ser muy inteligente como para llegar a la conclusiÃ³n de que su "querida" de ese entonces lo habrÃ-a echado a la calle tras tener una discusiÃ³n. En algÃºn momento Courfeyrac se quejÃ³, le escocÃ-a. OjalÃ¡ hubiera tenido suficientes reflejos para esquivar ese Ãºltimo jarrÃ³n.<p>

Se limitÃ³ a contemplarle embelesado. Combeferre era un hombre serio y de pocas palabras que rara vez destacaba entre la multitud, pero

cuando trabajaba era una persona completamente diferente. Sus profundos ojos de un calmado azul aÃ±il escrutaban los daÃ±os, sus grandes manos lo sanaban con la misma delicadeza y sensibilidad en que un mÃºsico compone. No obstante, era la determinaciÃ³n de quiÃ©n sabÃ-a que era bueno en lo que hacÃ-a la que a Courfeyrac le parecÃ-a endiabladamente cautivadora. PodrÃ-a comÃ©rselo allÃ-, en ese mismo momento y SatÃ¡n tendrÃ-a que perdonarle porque aquello no era ni pecado, ni vicio, sino un mandamiento divino.

â€”Â¿QuÃ© habrÃ¡s hecho, Courfeyrac?â€” SuspirÃ³

â€”Â¿De verdad quieres saberlo?

â€”Si me voy a disgustar, prefiero vivir en la ignorancia. â€” Courfeyrac riÃ³ de tal forma que Combeferre pensÃ³ que de existir una autoridad demonÃ-aca (tal como amenazaban los creyentes) se reirÃ-a de esa manera.

â€”Â¿Desde cuÃ¡ndo?

â€”Desde que comenzaste a trazar un camino que no puedo seguir. â€” SabÃ-a Dios cuÃ¡ntas queridas habrÃ-a tenido a fecha de hoy. â€” Â¿CuÃ¡ndo vas a sentar cabeza?

â€”Â¿Y tÃº? â€” Pues Ã©l tambiÃ©n sabÃ-a jugar a ese juego. Combeferre se detuvo para contemplarlo por un instante, fue una mirada intensa cargada de verdades que nacÃ-an en su pecho y morÃ-an en sus labios. â€” Â¿A dÃ³nde fue a parar esa talâ€¦ Juliette?

â€”Es Jane.

â€”Eso he dicho. â€” Poco dispuesto a admitir su error. â€” Erais tal para cual y todos creÃ-amos que esa relaciÃ³n madurarÃ-a. AsÃ- que cuando cortasteis fue un granâ€¦

â€”Eso ya es cosa del pasado, Courfeyrac.â€”SentenciÃ³. â€” Carece de sentido que lo traigas al presente.

â€”Has empezado tÃº.

â€”Yo no heâ€¦ â€” SuspirÃ³ de nuevo y se llevÃ³ una mano al puente de la nariz. â€” Vamos a dejarlo, Â¿Quieres?

â€”Sea.

Y el silencio se hizo de nuevo, esta vez uno menos agradecido que pesaba y se colgaba de los hombros de Courfeyrac. No podÃ-a respirar tranquilo. Combeferre ajeno a su incomodidad, continuÃ³ tratando la herida del labio. Estaba todo magullado y aÃºn asÃ- su belleza seguÃ-a quemÃ¡ndole las entraÃ±as y la conciencia, sobre todo la conciencia. HacÃ-a tiempo que no podÃ-a evitar mirar a su amigo con los ojos de la lujuria. QuerÃ-a volver atrÃ¡s, a esos tiempos en los que una sonrisa suya era una simple muestra de afecto y no una invitaciÃ³n a devorarle hasta el alma.

Le apartÃ³ un rizo que le cruzaba la frente y le caÃ-a sobre el ojo para colocÃ¡rselo tras la oreja en una caricia que hizo estremecer a su amigo. ClavÃ³ la mirada en la de Ã©l y asÃ- lo hizo, a su vez, Courfeyrac. No sabrÃ-a decir si fue sÃ³lo un instante o fueron horas las que se pasÃ³ perdido en la miel de su mirar, en aquellos ojos

redondos y marrones que lo tenÃ-an cautivo. Pero fue su voz la que le devolviÃ³ a la realidad.

â€”Â¿Me va a dejar marca? â€” PreguntÃ³ un angustiado Courfeyrac, a lo cual el mÃ©dico riÃ³ bajito. â€” Â¿QuÃ© es tan gracioso? â€” Ofendido, le empujÃ³ el hombro.

â€”PerdÃ³n, perdÃ³n. â€” Quiso disculparse, pero no sonÃ³ sincero porque la sonrisa que se extendÃ-a en sus labios era la evidencia de que acababa de reÃ-rse. â€” No, Courfeyrac, en unos dÃ-as ni lo recordarÃ¡s.

â€”Â¿Puedo quedarme aquÃ-â€¦? â€” Hubo un rato largo de silencio tras esa pregunta. Combeferre volviÃ³ a observarlo, todavÃ-a tenÃ-a las puntas del cabello hÃºmedas porque la lluvia lo habÃ-a calado hasta los huesos y llevaba puesta su ropa que le estaba adorablemente ancha y larga. DespuÃ©s dirigiÃ³ la mirada hacia la ventana, seguÃ-a lloviendo.

â€”SÃ-.

Y sin muchas contemplaciones, Courfeyrac uniÃ³ sus labios. Fue un beso lento y dulce de esos que nunca daba a ninguna de sus queridas y de los que Combeferre nunca le negaba. DespuÃ©s apoyÃ³ la frente sobre la del otro. El estudiante para doctor se quedÃ³ simplemente asÃ-, sin aliento, con los ojos cerrados. No era la primera vez que le besaba, cuando niÃ±os tambiÃ©n lo hacÃ-a. Sin embargo, antes era una cosa completamente diferente, Courfeyrac era un niÃ±o muy cariÃ±oso y alegre y besaba a sus padres en la boca y lo besaba a Ã©l tambiÃ©n porque lo creÃ-a su hermano, por eso Combeferre le dejaba. Pero ahoraâ€¦ Ahora ya no era asÃ-, ya no significaba lo mismo para ninguno de los dos.

â€”Gracias.

â€”Courfeyracâ€¦ Tenemos que dejar de hacer estoâ€¦ â€” SusurrÃ³, le temblaban la voz y el alma.

â€”Â¿El quÃ©?

â€”Ya no somos niÃ±os, ya no es lo mismo que era antaÃ±o yâ€¦

â€”Sigue siendo lo mismo, Combeferre. â€” AcunÃ³ su rostro entre las manos y le besÃ³ la nariz con infinita ternura.â€” Â¿Es que no lo ves? Nada ha cambiado. Somos los mismos y te quiero igual que te quise en ese entonces, si acaso mÃ¡s.

â€”Lo sÃ©â€¦ â€” En el fondo siempre habÃ-a sabido que existÃ-a una conexiÃ³n entre ellos. â€” Pero, no estÃ¡ bienâ€¦ â€” AbriÃ³ los ojos para toparse con aquella mirada tierna.

â€”Â¿QuiÃ©n lo dice? â€” Le preguntÃ³ con su habitual alma reivindicativa. â€”Â¿QuiÃ©n traza la lÃ-nea entre el bien y el mal? Â¿QuiÃ©n decide?

â€”Courfeyracâ€¦

â€”No, 'Ferre, no. â€” Lo callÃ³ porque sabÃ-a lo que iba a decir. â€”MÃ-rame a los ojos y dime que realmente crees que estÃ¡ mal lo que

hacemos. Dime que el hecho de que te ame asÃ- y tÃº me correspondas es un error. DÃ-melo y me irÃ©. â€” Pero no podÃ-a decÃ-rselo porque no lo creÃ-a. Â¿CÃ³mo iba a ser algo malo cuando lo querÃ-a tanto que se interpondrÃ-a entre Ã©l y una bala sin siquiera dudarlo? â€” Â¿Lo ves? Al final nada ha cambiado, sigue siendo amor, Combeferre. Amor.

â€”Â¿Y quÃ© hay de los demÃ¡s? No lo verÃ¡n bien, Courfeyrac, hablarÃ¡n de nosotros, nos darÃ¡n la espalda yâ€¦

â€”Â¿QuÃ© demÃ¡s, Combeferre? Al final somos tÃº y yo, Â¿QuÃ© tienen que opinar el resto de personas sobre nosotros? â€” "Nada" ComprendiÃ³ Combeferre. â€”Hazlo, haz lo que estÃ¡s deseando.

Y entonces lo hizo. Hizo aquello que llevaba deseando tanto tiempo, uniÃ³ sus labios no por corresponder a Courfeyrac como las otras veces, sino porque deseaba ser correspondido. Y ese beso le quemÃ³ en la boca pero ardiÃ³ en todo su cuerpo. Pronto los besos adquirieron un nuevo matiz; el de la necesidad. Llevaban mucho tiempo necesitÃ¡ndose el uno al otro como el Ã¡rbol depende del sol y como el humano requiere del oxÃ-geno. Los besos se convirtieron en mordiscos y cuando no bastÃ³ con los labios, las manos se hicieron camino a travÃ©s de la ropa. Primero la camisa, luego los pantalones, todo al suelo, con prisa, con urgencia. Como si no hubiera un maÃ±ana, como si el tiempo se les escapara como arena entre los dedos.

Suspiros rompieron con el silencio de la habitaciÃ³n y fueron absorbidos por el golpear de la lluvia. Nadie lo supo, y nadie sabrÃ-a la manera en que se amaron aquellos dos amigos. Deshaciendo la cama, enredÃ¡ndose en las sÃ¡banas, fundiÃ©ndose en un solo ser con cada caricia, con cada beso. Se mordÃ-an los labios, se probaban el uno al otro, amÃ¡ndose como nunca nadie habÃ-a amado en la historia de la humanidad. SÃ³lo Combeferre sabrÃ-a cÃ³mo Courfeyrac se entregÃ³ a Ã©l aquella noche, cÃ³mo al encontrarse sus caderas se unieron tambiÃ©n sus almas. Llevaban tanto tiempo buscando enlazarse, fundirse en una sola que al hacerlo pudieron sentirse, al fin, completos. Se perdieron en aquel placentero vaivÃ©n, el sudor empapaba sus cuerpos y los gemidos se intensificaban conforme se acercaba el final y sus almas se agitaban en el proceso.

Combeferre besÃ³ en los labios a su amante con infinita ternura cuando la voz comenzÃ³ a salÃ-rsele de control. DebÃ-a controlarse, no podÃ-an descubrirlos, no esa noche, no en ese momento. Y Courfeyrac se derritiÃ³ una vez mÃ¡s en esos labios dulces que tantas veces le habÃ-an besado la frente cuando caÃ-a enfermo, en esos brazos cÃ¡lidos en los que corrÃ-a a refugiarse cada vez que las cosas no salÃ-an tal y como lo planeaba. No importaba a dÃ³nde fuera, ni cuÃ¡n lejos estuviera de su hogar, mientras Combeferre estuviera a su lado siempre se sentirÃ-a en casa.

Cuando, por fin, el acto se consumÃ³ y la pasiÃ³n se quedÃ³ en el olvido, Combeferre descansÃ³ sobre el pecho de su amigo, y ahora, amante. Ninguno de los dos dijo nada, no podÃ-an, no les daba la respiraciÃ³n para otra cosa que no fuera jadear. Courfeyrac sonriÃ³ satisfecho, maravillado y contagiÃ³ al mÃ©dico. Se dieron mÃ¡s besos y caricias y de nuevo se revolcaron en la cama, no porque no hubieran tenido suficiente el uno del otro sino porque se amaban y necesitaban demostrÃ¡rselo. Se rieron y disfrutaron de la cercanÃ-a del otro lo que hasta ahora no habÃ-an podido debido a inhibiciones que sÃ³lo

existÃ-an en sus cabezas.

Finalmente, la emociÃ³n se hubo apaciguado. Courfeyrac reposaba la cabeza sobre el pecho del otro y Combeferre le acariciaba los rizos con aire ausente.

â€”No quiero que vuelvas a ver a esa tal "Annie".

â€”Annette.â€” Le corrigiÃ³ Courfeyrac mientras sonreÃ-a. Combeferre le mirÃ³ con cierto aire de reproche porque estaba convencido de que era "Annie" y no "Annette", pero se equivocaba, Courfeyrac habÃ-a vuelto a cambiar de querida. Y fue por eso que riÃ³.

â€”Lo digo en serio.

â€”Lo sÃ©. â€” Combeferre frunciÃ³ el ceÃ±o y entonces Courfeyrac supo que estaba molesto. â€”Juro solemnemente que eso no volverÃ¡ a pasar. â€” TratÃ³ de aparentar seriedad, pero no le fue posible, asÃ- todo celoso, le resultaba demasiado adorable como para poder tomÃ¡rselo en serio.â€” Vamos, no te enfades.â€” Y levantÃ³ la cabeza de su pecho para despuÃ©s llenarle el rostro de besos. 'Ferre al principio tratÃ³ de mostrarse impasible, pero al final acabÃ³ riÃ©ndose.

â€”Â¡Para!

â€”Nunca.

Y asÃ-, el amanecer los sorprendiÃ³ abrazados y enredados en las sÃ¡banas, la ropa por el suelo y la cama hecha un desastre, Â¿QuÃ© importaba? Eran felices. Â¿Acaso era eso un pecado? Oâ€¦ Â¿Es que lo que los hacÃ-a realmente culpables era ser felices en una era en la que las razones para llorar superaban con creces a los motivos para sonreÃ-r?

End
file.